



**ME LO  
DICES  
O ME LO  
CUENTAS**

LUCINDA GRAY

zafiro<sup>♥</sup>

## Índice

Portada  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Biografía  
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

## Capítulo 1

*Club de golf, Sotogrande, 2015*

«¿Por qué tengo que estar aquí, oyendo cómo cotorrean y le hacen un traje a casi todo el mundo?»

No tenía muchas ganas de tener que aguantar a su progenitora, y mucho menos a Dulce, la madre de su amiga Mina, mientras organizaban el que sería el acontecimiento del mes: su cumpleaños. Y no tenía ganas de hacerlo por la sencilla razón de que faltaban tres semanas y dos días para que oficialmente cumpliera treinta y cuatro. Además, cabía sumarle el hecho de que esas dos no paraban de hablar de qué podían hacer para que algún partido decente se fijara en ella, recordándole de forma poco sutil que no era lo bastante buena como para llamar la atención de un hombre conveniente debido a su carácter seco y sus comentarios directos y mordaces, que ambas calificaban como un gran defecto en su educación, así como que le faltaba un poquito más de inteligencia. «Me llaman tonta en toda la cara y encima no te mosquees.» Bueno, también había que unir al dechado de virtudes que decían que tenía, el hecho de que no se sacaba el suficiente partido a nivel estético. Vamos, que para su madre era una desgracia tener que cargar con ella. Y la otra le hacía los coros.

Se levantó de forma muy poco femenina de su asiento en la terraza del club de golf, en Sotogrande, donde solían pasar muchas mañanas y tardes, ya fuera desayunando o merendando. Aunque, en realidad, la única que siempre picaba algo era ella misma, porque aquellas dos controlaban cada caloría de más que les estaba permitido meterse en el cuerpo, por lo que de un simple té en agua no pasaban. «A diferencia de mí, que mi mínimo está en un café con un donut de chocolate, y tan a gusto.» Las observó como si estar con ellas le supusiera una gran proeza, intentando mantener la boca cerrada ante el escarnio al que estaban sometiendo a todo aquel al que habían otorgado el privilegio de invitar a su nueva celebración.

Toda una novedad.

—No logro entender por qué insistís en invitar a las personas de las que habláis tan mal a sus espaldas —murmuró por lo bajo.

Las mujeres la oyeron, pero fingieron no hacerlo, ignorando su comentario.

—Va a ser una fiesta preciosa, estoy segura.

—Por supuesto, volveremos a causar sensación.

—Claro, poniéndome a mí como cebo —protestó de nuevo.

Su madre la miró alzando una finamente delineada ceja rubia, reconviniéndola, y ella apretó los labios para no soltar lo que en realidad le pasaba por la cabeza en ese instante.

Sonrió mentalmente al pensar la cara que pondrían esos dos si les dijera lo que verdaderamente pensaba de ellas, de sus tonterías, de lo esnobs que eran, de lo poco importante que le resultaba a ella tener dinero —puesto que su familia estaba muy bien situada; no tanto como la de Mina, pero sí que tenían pasta, sí— y... de lo ridículo que le pare-

cía ese mundo del que tanto presumían, y al que no les gustaba que accediera cualquiera.

—Luchi —llamó la madre de Mina, Dulce, a la suya, ignorando la actitud reacia de la joven a que hicieran esa fiesta por su cumpleaños—, recuerda que Carbajal estará presente en la celebración. Sólo tenemos que manejarlo todo para que pase el mayor tiempo posible con nuestra Piluca.

—Aunque no podremos dejarlos mucho tiempo a solas, para que esta hija mía no lo estropee con sus desagradables comentarios.

—Sólo piensa que mi Mina pudo conquistar a Roberto en su fiesta de cumpleaños —recordó soñadora.

—¡Cierto! —exclamó Luchi, emocionada—. Seguro que mi Piluca también tendrá suerte en la suya. Nosotras nos encargaremos de ello.

Al decir esto último, chocaron sus tazas de té en un ridículo brindis.

—¿De verdad vais a actuar como si Gato hubiera conocido a Mina en esa fiesta? —Lo preguntó sabiendo que nadie le haría caso.

«Me mato, no puedo con ellas.»

—No es necesario dar detalles.

Dulce se mantuvo ajena a ese nuevo enfrentamiento de aquellas dos; por nada del mundo se metería en esa discusión, ni aunque se hablara de su hija. Piluquita era una jovencita muy maleducada y armaba berrinches por todo.

—Y vosotras no podéis maquillar la realidad: Gato preñó a Mina, Mina no se lo contó, él no supo quién era ella, al cabo de los años se volvieron a encontrar, se llevaron a matar, se descubrió todo el pastel y se enamoraron. Fin de la historia.

—No tienes por qué ser tan desagradable.

—Soy como soy.

—Y no sabes lo que me desconsuela; me altera los nervios saber que no he podido educarte correctamente.

—¿En serio vas a volver otra vez con lo mismo?

—Me altera los nervios de verdad, Dulce. —Se quejó a la otra mujer, haciendo pucheros y consiguiendo que ésta mirara a Pilar con desaprobación.

—Estáis de manicomio. —Las miró con impotencia—: Las dos. Y no quiero ningún novio, a ver si os entra en esa dura cabeza de chorlito que tenéis. Hay ocasiones en las que pienso que tanto bótox os ha afectado el cerebro.

Su madre la miró con desconsuelo y Piluca volteó la mirada para que no viera cuánto odiaba que manipularan los hechos a su antojo. Verdaderamente estaban convencidas de que, si ellas afirmaban que tal o cual cosa había ocurrido de una determinada manera, todos los demás lo creerían sin rechistar.

«No sé si soy más tonta yo que ellas por insistir en hacerles ver que las cosas no son como ellas quieren que sean.»

Y eso es lo que ocurría con ella, su madre se había empeñado en decir, desde que tenía trece años, que era una maleducada y una niña desagradable, y al final ella se lo había creído y actuaba como tal. «Tal vez deberías preguntarte por qué soy así en lugar de atacarme constantemente.» Por desgracia, nunca le había dicho a su progenitora cómo se sentía ante su falta de sensibilidad hacia ella, ni ante el hecho de que quisiera organizarle la vida desde que podía recordar. Claro, ni a ella ni a nadie. Sólo hablaba con la verdad por delante con Mina, pero, desde que ésta había rehecho su vida junto a Gato y su pequeña, apenas tenían tiempo para verse como antes. ¿Cuánto hacía que vivían juntos, dos años? A ella le parecía una eternidad. Por supuesto que se alegraba mucho por su amiga, de corazón, pero sería una hipócrita si no reconociera que envidiaba la

felicidad que parecía envolver a la otra. Pilar, como le gustaba que la llamasen, ya que ése era su nombre, a pesar de que su madre se empeñara en usar ese ridículo diminutivo, deseaba algo así para ella misma. Era su único anhelo: poder casarse y ser feliz junto al hombre de sus sueños. Junto a ese del que nunca se debió enamorar.

Inspiró profundamente mirando con nostalgia al único hombre que había amado, amaba y amaría, siempre, para lo que le restara de vida. Estaba sentado dos mesas a la izquierda de la que ellas ocupaban, y parecía absorto en una conversación con un sinvergüenza, igual que él, al que había visto un par de veces y que no conocía. O, al menos, no recordaba. Ese imbécil que le quitaba el sueño cada hora del día, y al que detestaba tanto como deseaba con todas sus fuerzas, no era otro que Alejandro Morillo de la Cuesta, el hermano pequeño de su amiga e hijo de la pija de Dulce. Un crápula de cuidado, un estúpido y un vividor, que sólo parecía tener tiempo para ir detrás de cuanta falda se pusiera en su camino y salir de fiesta con sus amigos, igual de golfos que él. Un hombre que no dudaba en atacarla y humillarla desde aquel día en el que Pilar creyó que, al fin, se había fijado en ella como mujer, que la quería, que la deseaba. Un hombre del que ella no podía dejar de preocuparse, aunque intentara convencerse de lo contrario; si no, ¿por qué acudía en su ayuda cada vez que éste se metía en un problema por ser tan calavera? ¿Y por qué necesitaba saber que estaba bien en todo momento, aunque luego gritara a los cuatro vientos que lo odiaba?

«Porque soy tonta, como afirma mi madre, como asegura el propio Álex.»

En cuanto vio que el susodicho se percataba de que lo estaba observando y dirigía la cabeza en su dirección, volvió a centrar su atención en aquellas dos arpías, como le gustaba dirigirse a ellas, en venganza por no tener el sufi-



ciente coraje como para negarse a plegarse ante sus mandatos, porque protestar sí que lo hacía, sí, pero al final claudicaba para no entrar en guerra con su madre. Fue consciente de que Álex se había levantado de su asiento y se acercaba a ellas; no lo miraba, se obligaba a no hacerlo y a fingir ignorarlo, pero era imposible no notar su enorme aura, su poderosa presencia. Era un hombre que actuaba, andaba y se comportaba como un cazador. Sí, un cazador de féminas tontas y crédulas como ella.

«Espero que no se acerque y me diga alguna de sus gilipollices.»

—Mamá, estás más guapa cada vez que te veo —le regaló el oído aquel estúpido a Dulce, dándole luego un sonoro beso en la mejilla, provocando que su madre lo mirase con devoción y Luchi, con aprobación.

—Y tú, cada vez más adorable.

«¿¡¡Adorable!!?» A Piluca le iba a dar un parraque, pues éste era todo lo contrario al significado de la palabra «adorable», más bien era un cretino.

—¡Vaya! —Se dirigió hacia ella fingiendo que no la había visto antes—. Si está aquí doña simpatía.

—Déjala, hijo, no la molestes; hoy no es un buen día para ello.

Piluca hubiera deseado darle una patada en la boca a ese estúpido.

¿Acaso no podía pasar un momento sin azuzarla?

Podría fingir que se caían bien, al menos delante de sus madres.

—¿Qué dices tú, Pilar? ¿Es un momento adecuado? —Lo dijo mirándola fijamente a los ojos, provocándola.

Poseía unos ojos tan azules y penetrantes que ella había pasado infinidad de noches soñando con ellos, masturbándose pensando en ellos. Llorando por ellos.

Inspiró y tragó saliva.

«Mira que soy carajota.»

Se reconvino mentalmente al darse cuenta de que hacía tiempo que había empezado a expresarse como Gato, el marido de Mina.

—Vete a la mierda, Álex —le soltó bajito—. No estoy para tus tonterías.

Pues sí, estaba enamorada de él como una imbécil, pero se había prometido no volver a caer en sus redes. Nunca. Antes muerta que darle el gusto de actuar como él le había dicho que haría después de que se pelearan. ¿Hacía cuánto?, ¿catorce años ya?

—Después de ti, Piluquita —la llamó así para cabrearla—; educación ante todo. Como soy un caballero, te cedo ir delante.

—Eso no es algo de lo que tú puedas presumir.

—Piluca, deja en paz a Álex.

Luchi no podía haber intervenido en el peor momento. ¿Y por qué la tenía que regañar?

«Por Dios, que tengo treinta y tres años.»

—Ha empezado él.

Sonó de lo más infantil y eso le dio mucha rabia.

Álex la miró con expresión inocente y mirada triunfal.

—Debemos comprender a nuestra Piluca; es lógico que se sienta mal, es la única de sus amigas que sigue soltera.

—No vayas por ahí...

—Hasta Mina —miró a Luchi con cara de comprensión—, que era la única amiga que le quedaba sin pareja estable y con la que iba de un lado para otro, ha desaparecido de la circulación. Por cierto, ¿dónde están mi hermana y Roberto?

Lo hubiera matado.

Sí, lentamente, dolorosamente, después de someterlo a una y mil torturas, pero, sin dudarlo, lo hubiera hecho.

—Han salido de viaje de forma precipitada — informó a todos Dulce, quien soltó una risita ridícula ante las ocurrencias del joven. Adoraba a su hijo y no le veía ningún defecto.

«El amor de madre es ciego, tuerto y todo lo demás.»

—¿De viaje? —preguntó ella, olvidándose por un instante de aquel capullo.

—Necesitaban pasar un tiempo en familia, porque, debido a sus ajetreados trabajos, apenas se ven —explicó la mujer.

—¿No te alegras por mi hermana?

Álex debió de captar su expresión de pesar al saberse alejada de Mina durante los días que durasen sus vacaciones.

—Por supuesto que sí, ¿qué te crees?

—Que te da coraje que la única persona que te soporta te haya cambiado por un hombre.

Piluca lo miró con ganas de pegarlo, esta vez de verdad.

—¿Me quieres dejar en paz de una vez? ¿Yo te molesto en algo?

Éste se acercó a ella mientras sus madres proseguían con sus chismes, simulando contarle un secreto. Y ella se tensó. No le gustaba esa proximidad porque, en cuanto lo sentía cercano a su piel, empezaba a sudar y a temblar.

Y a sentir muchas más cosas, cosas que no podía evitar.

—Eres tú la que anda detrás de mí, y lo sabes.

«Contrólate, te está provocando.»

—Eres... eres una serpiente, una víbora.

Álex esbozó aquella sonrisa depredadora que la enardecía, aunque fingiera que no era así.

—Víbora viene del latín, *vipera*, de ahí que viperino sea lo relativo a las víboras y lenguas viperinas, esos seres malintencionados y chismosos que nos rodean —le dijo mirán-

dola con intención, mientras ella no conseguía seguirle el discursito; sólo miraba su atractiva boca muerta de hambre, pero era un hambre que no saciaría en lo que le quedara de vida.

Lo había jurado aquella noche y no pensaba romper su promesa.

Así que, ¿qué hacer? Pues lo de siempre, ser una borde.

Lo miró a los ojos intentando disimular las ganas que tenía de lanzarse sobre él, y preguntó:

—¿Ahora vas de intelectual?

Aquello fue lo único que se le ocurrió decir para obligarlo a mantener las distancias. Lo expresó con tal desprecio que la expresión de Álex pasó de la chulería a la furia, en un plis. Y ella lo miró sonriendo, sabiendo que lo había mosqueado.

Éste apretó los labios, molesto. Ella lo solía tildar de zoquete y cabeza hueca cuando quería insultarlo, y aquella forma de decirle que era estúpido lo cabreaba, y la cabrona lo sabía.

—Nunca he sido un estúpido, aunque te guste pensar que sí.

«Bien, enrábiate, bonito. Tanto para mí.»

—¿También vas de digno —le preguntó mirándolo con altanería—, cuando te tiras a cuanta zorra se cruza en tu camino? No veo nada de dignidad en ello. Sobre todo, teniendo en cuenta los líos en los que te metes por mujeriego... y de los que los demás tenemos que sacarte.

Ambos sabían que Piluca se estaba refiriendo al episodio de cuando tuvo que pasar un alijo de tabaco de contrabando por la frontera de Gibraltar junto a Mina y Gato, con el único fin de que el clan de los Mediomulos no lo moliera a palos por liarse con una de sus mujeres.

—¿Lo dices por experiencia propia?

Esta vez Álex se estaba refiriendo al episodio que provocó su total ruptura y distanciamiento, y ambos lo sabían también.

La chica apretó los puños tan fuerte que casi se clava las perfectamente arregladas uñas en las palmas de las manos.

—Eres un capullo.

—Y tú, una frígida reprimida.

—Y tú...

Álex le dio un beso en la mejilla que la descalabró y la dejó muda debido a la sorpresa y a... algo más. Luego se marchó acompañado de su amigo, silbando y guiñándole un ojo a su madre.

—Me encanta que, después de todo, os llevéis tan bien —señaló Luchi, ajena a su enfrentamiento—; es una pena que Álex diga que sólo te ve como a una prima. Harías una pareja perfecta.

¿!!!Prima!!!?

Sinvergüenza.

Desde luego, prima, pero en el otro sentido de la palabra.

De inmediato abrió su bolso y sacó un cigarrillo. Al momento, el sonido de que había recibido un wasap la obligó a coger su iPhone 6 y mirar quién era.

Álex: 

Piluca apretó los labios para no ponerse a gritar, tiró su pitillo de malos modos y se marchó mosqueada. Ni siquiera se despidió de las dos mujeres de la alta sociedad de Sotogrande que la miraron como si no entendieran su forma de comportarse.

«Pues me importa un pito.»

!!!Uno muy grande!!!

## Capítulo 2

*Marbella, 2001. Día de Todos los Santos*

—¿De verdad, Mina?

Piluca estaba que no se lo creía. Tenía diecinueve años, llevaba tres enamorada de Álex, el hermano de su mejor, y única, amiga, Mina, y, por fin, éste las había invitado a una de sus sonadas fiestas. ¿Se podía pedir más? Bueno, sí, mucho más, pero con eso le bastaba, porque al menos tendría la oportunidad de charlar con él en un ambiente más juvenil, más relajado, sin que los padres de ambos rondaran a su alrededor controlándolos en todo momento, puesto que las únicas veces que se veían era en las quedadas de éstos, muy asiduas pero que no ayudaban a que pudieran enrollarse ni nada de eso, que es lo que en realidad quería.

Álex era un año mayor que ella y tres menor que Mina, mucho más alto, puesto que llegaba al metro ochenta y cinco mientras que ella alcanzaba a duras penas el uno sesenta y dos. Era guapísimo, además de muy simpático y dicharachero. Mina decía que su hermano era un mujeriego, un sinvergüenza adorable con un imán para las mujeres que ella no lograba comprender, pero que Pilar entendía a la perfección. No en vano estaba dentro de ese inmenso grupo de féminas que desfallecían por él.

Aunque había una cosa en la que no estaba de acuerdo con su amiga, y era que estaba convencida de que Álex no era ningún sinvergüenza. Pilar sabía que su actitud de chulo, ligón y canalla era pura fachada. Álex no era ningún cabrón sin escrúpulos. Ella sería capaz de apostar su mano derecha, y la izquierda también, con todo aquel que insistiera en catalogarlo así.

Sólo Piluca lo conocía en realidad, sólo ella había hablado con él sin máscaras, dejando atrás las falsas apariencias, las etiquetas. En las pocas horas que habían pasado charlando a solas, Álex se había descubierto ante ella como un chico tierno, amable, preocupado por la política, contrario a considerar a la mujer como un objeto. En el fondo era un buen tipo a quien, debido a que estaba superbueno y sus padres tenían mucha pasta, las tías se le tiraban encima. En realidad él no hacía nada; simplemente, por el hecho de existir, de ser como era y tener la posición que tenía, resultaba irresistible. Y, claro, más de una guarra se aprovechaba de él, y luego intentaba engancharlo, pero, como él no se dejaba, lo llamaban cabrón, capullo y mil cosas más que a ella la mosqueaban mucho.

Álex y ella solían hablar bastante cuando se encontraban, y tonteaban descaradamente. Entre ellos había una atracción que hacía saltar chispas. Una atracción de esas de película. ¿Amor a primera vista? Estaba convencida de que eso era lo que sintieron la primera vez que se vieron. Un amor acompañado de una atracción animal, de esas que no te dejan respirar.

Cuando la miraba de aquella forma directa y provocadora, sentía que sería capaz de todo por él. Y cuando decía «todo», quería decir cualquier cosa. Estaba convencida de que, en el ambiente apropiado, acabarían follando como posesos, y eso era precisamente lo que estaba decidida a hacer: acudir a su encuentro no como la amiga de su her-